

Nota de la editora

Esta novela de Paula Bombara (publicada en Argentina en 2005) se inicia sin lugar a dudas en la portada, en la que aparece un primer plano de una niña con un libro abierto. Se trata de Paula, la autora, sentada al lado de la biblioteca de su casa de Buenos Aires, después de verse obligada a huir con su madre de su ciudad natal, Bahía Blanca, donde su padre fue uno de los primeros desaparecidos de la dictadura argentina (1976-1983). En esa biblioteca estaban todos los libros infantiles prohibidos durante ese periodo, como *Un elefante ocupa mucho espacio*, de Elsa Bornemann.

Paula Bombara trabajó en esta novela muchos años. *El mar y la serpiente* es una reducción del título inicial, *El mar, el cielo, la gata y la serpiente*. La autora utilizó dos elementos de los cuatro originales, los dos que le dieron más fuerza, y ahí quedaron el mar, con sus mareas, y la serpiente, con sus cambios de piel.

La novela se articula en tres apartados (“La niña”, “La historia”, “La decisión”) que definen a través de la construcción discursiva los cambios en el crecimiento de la protagonista desde su primera infancia hasta la adolescencia. Los diferentes niveles del lenguaje han logrado un excelente ajuste con las características propias de estas etapas evolutivas. “En realidad, el relato habla de lo que le ocurre a una persona demasiado pequeña para entender, pero suficientemente adulta para su-

frir y sentirse perdida; que continúa con la necesidad de saber para poder comprender y finaliza con la necesidad de contar, de dar a conocer, de compartir una historia como una forma de reivindicar la memoria familiar”.¹

Esta novela ofrece una voz, un estilo, una manera de acercarse a una realidad, un modo de poner palabras a unos sentimientos que poco a poco esta niña va descubriendo:

“Leer la historia de esta niña es meterse en la habitación y en el corazón de los hijos de los desaparecidos en la dictadura argentina, pero también en cualquier dictadura”.²

Paula me comenta:

“Tener un ser querido desaparecido implica no poder reconstruir su muerte, no saber los cómo, los cuándo, los por qué, es no tener ni siquiera el consuelo de saber que el duelo terminará algún día. Es llorarlos y llorarlos. El tiempo sin saber se transforma en esa tortura oriental que consiste en dejar caer una gota siempre en el mismo lugar, a ver cuánto tarda en horadar lo que sea que se ponga debajo. Hay que aprender a soportar esa espera... Yo encontré el modo sumergiéndome en mi mundo de libros, de estudio, de terca concentración”.

Gracias Paula, autora querida, por regalarnos este texto, que es pura poesía. Gracias Daniel Bombara y Andrea Fasani, por ser esos padres que lucharon para que “nosotros viviéramos en un mundo mejor, en un mundo en donde la palabra valga, las ideas valgan”.

1 i 2. Lluch, Gemma (2014). “El mar y la serpiente, Paula Bombara” [blog de Gemma Lluch]. [Fecha de consulta: 21 de abril de 2016]. <<http://www.gemmalluch.com/esp/el-mar-y-la-serpiente-paula-bombara/>>

Paula Jarrín, gracias por tus acertadas aportaciones en esta edición de *El mar y la serpiente*. Ester Madroñero, gracias por tus sabios consejos.

“Hoy nos faltan 30.000 personas con nombre y apellido.

30.000 es un montón de gente.

Un agujero de 30.000 personas que podrían haber hecho tantas cosas...

No están ni para preguntarles la hora”.

Va por vosotros.

LA EDITORA

Mamá se enojó.

No lloré. Dije que me iba. Grité.

Me mira y dice, *¿ah, sí?*

Digo, *me voy a casa de abuela.*

Bueno, esperá que te hago el equipaje.

Mi oso y el librito del gato en una bolsa. Mamá me da la bolsa.

Pero ahora no quiero irme.

Mamá abre la puerta. Dice, *chau.* Está enojada. No lloro. No hablo.

Me voy a casa de abuela. Mamá cierra la puerta.

Tengo que caminar mucho hasta la calle. Por un camino con paredes y sin techo. Me canso de caminar. Salgo a la vereda. Me siento acá.

Ahora no quiero irme.

Pasa un perro.

Un señor.

Una mamá con un nene.

Un coche azul.

Otro señor.

¡Viene papá!

Corro. Papá me levanta a upa. Dice, *¿qué hacés en la vereda?*

Me fui. Mamá se enojó y me dio esta bolsa con mi oso y el librito del gato.

Digo, *me fui. Mamá se enojó.*

Dice que no me tengo que ir, que tengo que amigarme con mamá.

Dice, *¿qué hiciste?*

Nada.

Nada, digo.

Papá me lleva a upa por el camino con paredes y sin techo. Abre la puerta.

Papá dice, *¿adiviná lo que me encontré en la vereda?*

Mamá dice, *¿una nenita vagabunda?*

Lloro. No sé qué es vagabunda.

Mamá y papá me abrazan fuerte. Me hacen doler.

Ahora mamá me tiene a upa. Dice, *vamos a ordenar entre las dos.*

Digo sí con la cabeza.

Abro los ojos. Hay sol.

Grito, ¡*maaamááá!*

Mamá viene. Dice, *buen día.*

Mamá me prepara la leche. Papá no está.

Digo, ¿*y papá?*

Se fue a trabajar, dice mamá.

Miro la puerta. La bici no está.

Digo, ¿*se fue en bici?* Mamá mueve la cabeza. Eso es sí.

Mamá viene a mi habitación. Tiene el bolso verde. Abre los cajones y saca ropa. ¿*Vamos a lo de los abuelos?*

Papá no está.

¡*Dale, vamos!*, dice mamá.

¿*Y papá?*, digo.

Cuando vuelva nos va a buscar a lo de los abuelos. Mamá está seria. Apurada.

Mamá tiene los ojos con agua. Pero no llora.

Mentira.

Llora. Pero para adentro.

Mamá se ríe de mentira. Dice, ¿*por qué me mirás tanto?*

Mamá guarda ropa y juguetes en el bolso verde.

Me pone un abrigo. Tengo calor.

Digo, *tengo calor*.

Dice, *para después*.

Papá no está.

Digo, *¿y papá?*

Mamá dice, *ya te dije. Está trabajando*.

Los abuelos también lloran para adentro. Y cuando les cae agua de los ojos se van al baño. Cuando me miran, se ríen de mentira. Yo también sé reírme de mentira. Cuando me río, la abuela se calma. Abraza a mamá. Mamá se calma.

Me río más.

Papá no está.

Digo, *¿y papá?*

La abuela llora para adentro. *Ya viene*, dice. Mamá está seria.

El abuelo y mamá se van a la cocina y cierran la puerta.

La abuela dice, *¿quieres jugar con la muñeca de la abuela?*

Digo, *sí*.